



GEORGE BRENT

BARBARA STANWYCK

Mi reputación



MI REPUTACION

Asunto sentimental, basado en la novela «Instruct my Sorrows» de Clare Jaynes,
según guión de Catherine Turney

Productor
HENRY BLANKE

Director
CURTIS BERNHARDT

Es un film



Principales intérpretes: **Bárbara Stanwyck - George Brent - Warner Anderson - Lucile Watson - John
Hidgely-Eve Arden-Ester Dale-Jerome Cowan-Scotty Beckett-Bobby Cooper**

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona

MI REPUTACION

Prohibida la reproducción

MI REPUTACION

(SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELICULA)

Cuando Ana, la vieja criada, subió a despertarla, Gessica tuvo que hacer un esfuerzo para recordar todo lo que había ocurrido. Un sueño pesado, como en noches anteriores, un sueño aniquilado por tantos y tantos días de angustia y, sobre todo, por la catástrofe final, había dejado su cerebro entumecido y como ausente.

—Son las diez ya, y el señor Everet la está esperando— le dijo Ana a tiempo que le presentaba el desayuno.

—¡Las diez ya!— exclamó Gessica incorporándose en la cama—. No tienes que dejarme dormir tanto, Ana. Ya sabes que hay muchas cosas que hacer.

Y luego, dando un hondo suspiro, añadió con una profunda, una inconsolable amargura:

—¡Oh...! ¡Muchas cosas que hacer...! ¡Si ya está todo hecho...! Bueno, baja el desayuno y desayunaré con Frank, no quiero hacerle esperar.

Saltó de la cama y se vistió una amplia bata. Frank Everet era como de la familia; no tenía que usar con él cumplido de ninguna clase. El la había acompañado, en aquellos dos años largos y espantosos de la enfermedad de su querido Paul y había estado a su lado hasta después de celebrarse el funeral... Y el funeral se había celebrado el día anterior. Para Gessica aquello era una horrible pesadilla, algo espantoso que pesaba sobre su alma y nublaba su corazón. Pero

sabía que era preciso hacer frente a la vida, que estaban los dos niños, que tenía que cuidar de ellos y que debía informarse en seguida de las disposiciones de Paul. Seguramente Frank acudiría para hablarle de este asunto.

Bajó y le saludó con una débil sonrisa. Se había refrescado el rostro para quitar a sus ojos la hinchazón que en ellos habían producido las lágrimas. Había llorado durante toda la noche hasta la última gota de su llanto. Ahora no quería que nadie la viese llorar. Y por eso adoptaba una sonrisa que era aún más triste que un sollozo.

Frank la miró compadecido, pero tomando ejemplo en ella procuró adoptar un tono natural y le dijo:

—Gess... ¿te sientes con ánimos para examinar estos papeles?

—Claro que sí— aseguró Gessica, buscando fuerzas en su propia conciencia—. Supongo que todo estará en el más perfecto orden.

—Sí; Paul dejó sus cosas en el mejor estado, teniendo en cuenta su larga enfermedad.

—Los niños podrán ir a la escuela que Paul tenía elegida, ¿verdad?

—Desde luego... El hizo un seguro para la educación de vuestros hijos. Claro que el dinero podría utilizarse para otros fines...— insinuó Frank.



—Sí; Paul dejó sus cosas en el mejor estado...

—No—interrumpió Gess— Quiero que todo se haga conforme a la voluntad de mi marido. Y quiero seguir viviendo aquí, como hasta ahora... Mi mayor consuelo será el recuerdo de Paul y aquí me acompañará él siempre, porque aquí vivimos desde que nos casamos.

Frank le entregó una carta que el difunto le había confiado para que la hiciese llegar a manos de su esposa cuando él ya hubiese muerto. La carta decía así:

"Hemos estado tan unidos durante estos años, que ahora no te concibo sin mí. Procura que los muchachos se eduquen y nunca permitas que nadie te diga lo que tienes que hacer, porque considero imposible que hagan una cosa que no sea

buena, elevada y decente. En lo que a mí se refiere, y respecto a tu futuro, lee un poema que me parece decía: "Vale más olvidar y sonreír feliz... que recordar y vivir con pena". Es lo que te aconsejo yo, Gess... Gracias por todo lo dichoso que me hiciste en nuestros años de matrimonio. Tu amante esposo, Paul."

Las lágrimas resbalaban de nuevo por las pálidas mejillas de Gess, que procuró secarse rápidamente al escuchar la voz de los niños que regresaban de nadar en la piscina. Sus voces infantiles y guasas la obligaron a ella a sonreír, a ocultar su dolor. No quería que la infancia de sus hijos fuera triste. Ella tenía que dar el ejemplo. Les recibió sonriendo, escuchó sus palabras y sus anhelos y les dio permiso para que fueran por la tarde al partido de fútbol que les apasionaba. No había motivo alguno para privarles de aquella distracción. Si su padre hubiera vivido, él mismo les hubiese acompañado. Razón de más para dejarles ir. Paul, desde el Cielo, bendecía su resolución.

Pero no fue ésta la opinión de su madre que llegaba en aquel momento a acompañar a Gessica en aquellas tristes horas de soledad y de luto. La señora Kimball, madre de Gess, era una dama educada a la antigua, llena de convencionalismos y de prejuicios que no se avenía bien al modo de ser extraño de su hija. Le pareció muy mal que los niños fueran al fútbol y no pudo comprender por qué Gess se negaba rotundamente a vestir de luto riguroso. Una viuda debía ir con grandes velos negros que llegaran hasta el suelo y que nublaran de tristeza exterior la enorme tristeza de su alma.

Gessica sostuvo su teoría con dulce energía, y no se dejó influenciar por la opinión de su madre, que no se cansaba de repetir:

—Lo que se trata es del decir de la gente... Eres viuda,



...les dio permiso para que jugaran por la tarde al partido de fútbol que tanto les gustaba.

y nadie mejor que yo puede comprender lo que esto significa... Deben ponerte de luto y hacer que los niños lo vean también y que lo guarden rigurosamente, por lo menos durante medio año.

—Es inútil, mamá. La infancia quiere alegría y no hay razón para nublarle esa época dichosa y única de la vida. Y yo no quiero vestir esos odiosos velos negros que he visto siempre encima de ti y que fueron la pesadilla de mi juventud. No; detesto el luto y no vestiré de negro. Mucha gente no viste luto cuando se les muere algún ser querido. El luto se lleva en el corazón, mamá... y basta ya con eso,

Gesa comenzó a vivir sola, por su cuenta, sin dejarse influir por la opinión de los demás, según el consejo que Paul le daba en su carta. Como era veraz y los niños estaban con ella, se dedicó por entero a su cuidado, jugaba con ellos, iba con ellos a paseo, presidía sus comidas y sus estudios, les acostaba y rezaba las últimas oraciones acompañada por sus voces infantiles y recogidas.

Un día proyectó ir a hacer una excursión al campo, llevando la merienda y los dos muchachos, de diez a doce años, acogieron la idea con regocijo. Gesa fue al mercado para proveerse de todo aquello que sabía más agradable para sus hijos: compró salchichas y jamón, queso y chocolate. Se encontró en el mercado con Ginna, su amiga de la infancia. Y, al salir, encontró a Jorge, un antiguo amigo, al que saludó con prisa, diciéndole que tenía que ir a recoger a los niños que la esperaban.

Volvió contenta a casa con los chiquillos, pensando en la tarde deliciosa que pasaría con ellos, al aire libre. Llevarían también a los dos perros, fieles guardianes de la casa, a los que Paul quería tanto. Pero al llegar a la casa encontraron a un grupo de amiguitas que iban a buscar a los niños. Una de las niñas iba a dar una gran fiesta en el jardín de su casa, e insistían mucho para que las acompañaran. Gesa sonrió a sus hijos:

—Si preferís ir a la fiesta... podéis ir, hijos míos —les dijo con dulzura, mientras se esforzaba en ocultar la amargura que aquello le producía.

—¿No te importa, mamá? —inquirió el mayorcito.

—¡Oh, no, qué tontería! —afirmó Gesa, mordiendo los labios para no romper a llorar—. Id con ellas... os divertiréis más... Otro día iremos a merendar al campo...

Les vió alejarse en el pequeño automóvil en que habían llegado las niñas, y sintió la terrible amargura de la soledad del corazón, la más espantosa y terrible de las soledades. No tenía a nadie junto a ella. Los niños eran demasiado jóvenes para comprenderla. Su madre era de otros tiempos y tampoco acertaba a penetrar en sus pensamientos. Nadie a su lado para orientarla o sostenerla. Nadie para confortarla y distraerla...

• • •

Aquella soledad se hizo todavía mucho más dolorosa cuando los niños partieron para el colegio. La casa parecía



Aquella soledad se hizo todavía mucho más dolorosa cuando los niños partieron para el colegio.

como vacía. Las horas se alargaban misteriosamente, como si cada una de ellas llevara consigo la pesadumbre de todos los siglos. Era insuportable aquella vida encerrada dentro de sí misma, rodeada de recuerdos, tristes por ser recuerdos, tanto más tristes cuanto más maravillosa había sido la realidad.

Su madre, comprendiendo ligeramente lo que pasaba por el alma de Gess, le habló de Frank Everet, le dijo que podía con él rehacer su vida truncada por la muerte de Paul. Que ella era muy joven para enfrentarse con tantos años de soledad. Que debía formar otro hogar, reconstruir el suyo, dar un apoyo moral a sus hijos... Pero Gess no quiso escucharla. Había amado a Paul con toda su alma, se había casado con él cuando contaba apenas dieciocho años, y había sido para ella un esposo tan amante y tan bueno, que la sola idea de que alguien pudiera intentar substituirle la enervaba y desesperaba.

Se vió luego acosada por hombres sin escrúpulos que, viéndola viuda, joven, sin apoyo alguno, se creyeron ya autorizados para todas las insinuaciones. Aquello sublevó aún más el alma de Gess, noble y recta, y sintió una infinita amargura ante la brusca realidad de la vida de la que Paul la tuvo siempre alejada.

Sin embargo, comprendía que la soledad era para ella una mala consejera; que si continuaba viviendo aquella vida de encerrarse dentro de su corazón, siempre a solas con sus añoranzas y sus recuerdos, iba a volverse loca; que debía hacer un mayor esfuerzo para salir de su angustiosa situación y, a raíz de una violenta escena con uno de aquellos desaprensivos que se habían permitido besarla, corrió a casa de su amiga Ginna, una amiga de su edad a la que conocía desde que eran niñas, y dejó allí correr el raudal de su llanto y de sus quejas:

—No puedo más... ¡No puedo más...!—confesaba Gess, dejando que los sollozos sacudieran su cuerpo y desfiguraran su rostro.— Parece que la cabeza me va a estallar. No



—No puedo más... ¡No puedo más!—confesaba Gess.

puedo seguir así... Pero, di, Ginna, ¿qué puedo hacer? Lo he intentado todo: he trabajado hasta caer en la cama exhausta y rendida; me he dado por completo a la beneficencia y trabajado en el hospital como la más activa de las enfermeras..., pero al llegar a casa, terminada la jornada, y entrar en mi habitación vacía, sin más compañía que mis recuerdos, se me cae encima la casa... ¡el mundo entero se me cae encima...! Parece que ya nunca podré dejar de llorar...

—Vamos, Gess, tranquilízate—le dijo Ginna, acariciándola como a una niña.— No es siempre el cuerpo el que enferma... el espíritu también tiene sus enfermedades, y hay que combatirlas... Debes independizarte, ser tú la que dé una orientación a tu vida. No eres ya la señora Drummond... ahora no eres más que Gessica Drummond, pero no por eso tu vida ha terminado... Son cosas que han ocurrido a millares de mujeres y ahora te ocurren a ti. Mira, por el momento te vendrás con Cary y conmigo a los Angeles. Mi marido tiene allí una casita en la montaña, en Lake Tahoe, y vamos a ir para esquiar durante unas semanas. Te vienes con nosotros y aquello te sentará maravillosamente.

Se dejó convencer y se fué con ellos. La casita de madera, enclavada en el corazón de la montaña, era un refugio magnífico para cuando llegase la noche. Durante el día lo pasaban en la nieve, patinando, dejándose deslizar sobre el trineo o los esquís, con una alegría de chiquillos en vacaciones. Cary y Ginna eran encantadores y procuraban hacerle olvidar todo lo que le había pasado.

Un día Gess se extravió de camino, y, en la inmensa sábana helada formada por la nieve, no sabía distinguir la ruta que había de llevarla hasta la casita de sus amigos. Además, se le habían roto los esquís en una caída y estaba terriblemente cansada. Pidió auxilio a un esquiador que bajaba por la pendiente a toda marcha y que se detuvo a un metro de distancia, cuando ya Gess creía que la iba a arrollar en su vertiginosa carrera. Así conoció a Scott Landis, el mayor Landis, un hombre fuerte y decidido, de mirada penetrante y de carácter enérgico, con el que entabló una buena amistad.

Pero el mayor Landis no era un moribeto, ni un hombre que gustara de aprovecharse de la fruta del cercado ajeno,

y habló a Gess con toda nobleza, con toda claridad: a él no le atraía la vida del hogar; no había formado nunca una familia; creía que su carrera y los azares que la misma trae no le permitían ligar a su existencia, para toda una vida, la existencia de una mujer. A él le gustaba el amor, pero sin lazos eternos. Le dijo que ella le gustaba mucho, pero que era una chiquilla, que estaba llena de convencionalismos, que no sabía andar sola por la vida y que estaba convencido de que él no podría darle la felicidad.

Y después que le hubo dicho todo esto la besó apasionadamente.

Aquel beso despertó en Gess un tumulto de sensaciones y de nuevas perspectivas abiertas ante su vida desolada. Sin embargo, apartándose de él le dijo con una graciosa seriedad de niña:

—¿Por qué ha hecho usted eso? ¡Ha estropeado en un momento toda la fantasía que en mí había despertado su noble amistad! ¡No volveremos a vernos más, mayor Landis!

* * *

Pero el regreso a la ciudad fué para Gess mucho más doloroso aún. Ahora su soledad era mayor. Los meses pasados desde el fallecimiento de Paul había dormido en su alma su recuerdo; ahora sólo vibraba en ella la potente voz de un nuevo amor que florecía con fuerte pujanza, como esas plantas que se arrancan en el otoño para ser replantadas en la primavera y a las que el sol hace florecer con mayor esplendor.

Las horas se deslizaban para Gess más monótonas y largas que hasta entonces, y en las comidas miraba la mesa vacía ante la que sólo ella se sentaba, y sentía que las lágrimas asomaban a sus ojos, que sus labios temblaban y que

en su garganta un nudo doloroso le quitaba toda posibilidad de comer.

Ana, la vieja criada, miraba apesadumbrada a su señorita, pero ya no hallaba palabras con las que consolar su dolor.

Una noche, cuando Gess había ya dado orden a Ana de que trajera su plato y se sentara a comer con ella para no sentirse tan sola, llamaron a la puerta y por un momento imaginó Gess que podía ser el mayor Landis... Pero no, era únicamente Frank, al que recibió con cordialidad de buena amiga, haciéndole sentar a la mesa, con gran satisfacción de Ana, a la que no le parecía nada correcto comer con su señorita.

Apenas habían comenzado a cenar cuando el teléfono reclamó a Gess. Era Ginna que la llamaba desde un restaurante de lujo para decirle que el mayor Landis estaba allí, que se apresurara a ir, ya que tenía un puesto en la mesa, entre Cory y ella. Gess le dijo que Frank estaba en su casa; pero Ginna le manifestó que también para Frank había lugar en la mesa.

—Mejor que venga Frank—añadió—. Así formaremos dos parejas y quedará más disimulado el que tú vengas... a ver a Landis...

Gess, con esa diplomacia femenina tan sutil con la que una mujer obtiene siempre lo que ella desea, propuso a Frank ir a reunirse con Ginna y su esposo y así marcharon los dos hacia el restaurante.

Y así fué como comenzaron de nuevo su amistad Landis y Gess, amistad que fué creciendo hasta tomar las proporciones de un grande, de un avasallador amor. Únicamente la experiencia de Landis y el alto concepto que tenía de aquella mujer maravillosa que se había cruzado en su vida, hacían que no se olvidara de todos aquellos convencionalis-



Gess prepara a Frank to a reunión con Ginn.

mos de los que él se había reído hasta ahora, y que ahora comenzaba a respetar, por respeto a ella.

Pero Gess sentía la necesidad imperiosa de estar al lado del hombre que le había hecho sentir de nuevo el gusto de la vida, y, desafiando, con esa inconsciente bécipidad de las mujeres enamoradas, todas las habladurías de la sociedad, todas las suspicacias de sus amigas, todas las posibles calumnias que contra ella podían alzarse, acudía a cuantas citas él le daba, sin fijarse el lugar ni la hora que él le señalaba exhibiéndose a su lado en restaurantes de lujo o yendo incluso hasta su mismo hotel para sostener un rato de charla y beber juntos una copa de champaña o una taza de té.



Y así fue como comenzaron de nuevo su amistad Landis y Gess.

Nada de malo había en todo ello; nada de malo, y, sin embargo, era lo peor que podía hacer para dar pábulo a la murmuración, como le reprochó su madre, para que todas sus amigas comenzaran a comentar malévolamente aquella amistad, para que cuantos la veían al lado de Scott Landis sonrieran con esa cinica sonrisa del que cree comprenderlo todo sin lograr adivinar nada, de todo lo bello, grande, magnánimo y maravilloso que puede haber en el amor de dos almas buenas y nobles.

* * *

Cuando por Navidad los niños volvieron a casa de vacaciones, Gess celebró en su casa una fiesta a la que invitó



...desde entonces hasta su último hotel...

a Scott Landis. Acudió éste emocionado y un poco tímido, porque en su vida jamás se había presentado, hasta aquel momento, la ocasión de tomar parte en una fiesta familiar, dentro de un lugar netamente honrado, al lado de una mamá y unos niños que nada tenían que ver con él... como no fuera que estaba locamente, apasionadamente enamorada de una mujer honrada.

También estaban en la fiesta Ginna y Cary, y, ¿cómo no?; Frank Everett, al que Landis estuvo mirando y observando toda la noche, creyendo ver en él al único que podía substituir en el corazón de Gess al esposo difunto. El se sentía incapaz de transformarse hasta el extremo de ser un

marido perfecto, un marido modelo como merecía Gess, la más buena, la más cándida, la más ingenua de cuantas mujeres él había tratado.

Aquella noche hubo regalos hasta para la abuelita, que acudió, por sorpresa, a la fiesta y aprovechó la ocasión para conocer y mostrarse harto recelosa con Landis. Gess y Landis habían coincidido buscando un regalo que les recordara aquellas magníficas semanas pasadas en plena montaña, en constante contacto con una naturaleza grandiosa y magnífica.

Desde aquella noche Gess se sintió aún más ligada a Scott Landis y fué perdiendo cada vez más el miedo a las



Nada de más había en todo ello, y, sin embargo, era lo peor que podía hacer para dar pábulo a la mormuración...



...como le reprochó su madre...

mutuaciones y a las calumnias, desafiando la opinión de la sociedad con esa fuerza única y poderosa que da el amor.

Sólo sintió que algo inexplicable le hería la noche en que sus hijos, invitados a una fiesta de fin de año en casa de sus amiguitas, volvieron antes de la hora acostumbrada con el rostro desfigurado, pálidas las mejillas y brillantes de lágrimas los ojos.

—Mamá... ¿por qué no has venido con nosotros a casa de los Van Orman esta noche? —le preguntaron, como si trataran de indagar algo que les había hecho mucho daño.

—No, no iré; estoy invitada por el mayor Landis...

—Entonces... es verdad lo que allí decían... que el mayor Landis y tú...



...cabebrá una fiesta a la que invitó a Scott Landis.

Geen quiso protestar, activiarse, refutar toda aquella acusación que contenían las palabras de una hija; pero el mayor la estaba esperando, besó a los niños y se fué con él, arrastrada por la fuerza de su amor, dirigiéndose, primero, a casa de los Van Orman, para hablar, a solas, con la señora de la casa, que se decía su amiga, reprochándole su murmuración, y desafiar ésta públicamente, presentándose con el mayor Landis, y de allí se fueron a un restaurante.

* * *

Cuando regresó a la madrugada, después de haber bailado con Scott toda la noche y de haber decidido, al acompañarla a su casa, que partiría con él a Nueva York, a la

mañana siguiente, a donde iba el destinado, encontró vacío el cuarto de sus hijos, que lo habían oído todo, y aquello le despertó de su sueño del embriagamiento que le había producido la pasión.

Corrió a casa de su madre, segura de que los niños se habrían refugiado allí. No se había equivocado. Los niños, borrosos y llenos de pesadumbre, estaban sentados en el salón en espera de acontecimientos. La abuela condujo a Gess hasta los niños y les dejó solos.

—Eres tú quien debe explicar a tus hijos tu conducta — le dijo.

Y Gess tuvo que hablar a sus hijos:



...hubo regalos hasta para la abuelita...

—Hijos míos... no sé qué decir ni por dónde empezar... Pero quisiera que me dijerais qué es lo que os ha impulsado a marcharos de casa, a abandonaros...

—No queremos seguir viviendo contigo, mamá — dijo el menor con una energía y resolución inquebrantable —. Nos has mentido y ya nunca te podremos creer. Todos decían cosas de ti y del mayor Landis... y tú nos has dejado para irte con él... y te oímos decir que te vas a marchar a Nueva York con ese hombre...

—¿Es que ya no te acuerdas de papá? — inquirió el mayor con la voz rota en un sollozo.

—No digáis eso, por Dios! — suplicó Gess, estrujándose las manos —. No le olvido... ¡No comprendéis que puedo



...desafiando públicamente la maldición,
presentándose con el mayor Landis...

querer a otro, aunque siempre haya un sitio para él en mi corazón?

—Pero tú le pertenecías y si que esté muerto no es razón para que quieras a otro.



...y de allí se fueron a un restaurante...

—¿No queréis pensar en mí unos instantes... como si yo no fuera vuestra madre? —suplicó Gess.

—No es posible, porque tú eres mamá —afirmó el mayor.

—Bien... pues escuchadme y haced un esfuerzo para comprender... Papá estuvo enfermo dos años, y yo sufrí mucho en aquella larga enfermedad viéndole sufrir a él y evitándoos a vosotros que vierais nuestro sufrimiento...

Cuando murió intenté olvidar aquellos dos terribles años de dolor, quería solamente recordar los buenos tiempos, pero me encontraba tan sola que no conseguía apartar de mí la tragedia... ¿Recordáis aquella tarde que íbamos a ir de merienda y preferisteis marcharos a casa de vuestras amiguitas? Tuve que contenerme para no pedirlos que os quedaseis conmigo, que no me dejarais sola... Y luego, cuando os marchasteis al colegio, tenía miedo de quedarme en casa, rodeada de sombras... y si no hubiese sido por Gina y Cary y si no hubiese encontrado al mayor Landis... ¡no sé lo que hubiera sido de mí!

—¿Es el mayor Landis para tí lo mismo que era papá? —inquirió uno de los niños.



...había decidido que partiría con él a Nueva York...



...que hijos le habían visto todo...

—No digas eso, hijo mío... Papá sigue siendo lo mismo para mí, aunque de distinto modo... No puedo explicarlo... Algún día, cuando seas mayores, lo comprenderás. Comprenderás que uno puede repartir el corazón entre varias personas y ser sincero y leal con todas ellas... La primera vez que se enamora es algo extraordinario y maravilloso... Pero un segundo amor puede ser tan sincero y tan profundo como el primero... Hijos míos, perdí a papá y ahora pierdo al mayor Landís... Tiene que marcharse al frente y es probable que no vuelva nunca... Es muy triste perder a quien se ama...

Los niños abrazaron a su madre, llorando como ella.

—Mamá, nosotros sólo queremos que seas muy feliz...
—Yo ya quería comprenderlo, mamá... ¡Pero es tan difícil...! ¡Tan difícil...! Ahora volveremos a casa y nunca nos separaremos de ti.

Gess besó a los niños y fue a despedirse de su madre:
—Ya está todo arreglado, mamá—le dijo con una voz apagada y triste que conmovió a la anciana.

—Mi querida hija, así tenía que ser. No ignoraba lo duro que había de resultarte... Es difícil, muy difícil hacer lo que es debido... lo sé... pero la satisfacción del deber cumplido es nuestra mayor recompensa.

—¡Mamá...! ¡Nunca te había oído hablar así!—exclamó Gess.



—...recuérdame y hazé lo posible para comprender...

—También yo he sido joven, hija mía, y los jóvenes todos son impetuosos... Sólo al envejecer nos damos cuenta que los ímpetus se acaban... y entonces aprendemos a comprender y a perdonar...

Gesa abrazó a su madre y salió corriendo. Era preciso ir a despedirse de Landis en la estación. No quería dejarle partir sin darle el último adiós. Le encontró pocos segundos antes de ponerse el tren en marcha. Se abrazaron sin preocuparse de que pudieran ser vistos.

—¡Adiós...! —suspiró ella.

—No, Gesa, adiós, no... —repuso él, admirado del valor de aquella madre, comprendiendo su sacrificio —. Ya no me

queda tiempo de decirte lo que quisiera; pero si puedo decirte que mi opinión acerca del matrimonio ha cambiado... Y que cuando vuelva, y estoy seguro de que volveré... ¿me esperarás...?

—Sí, sí... ¡te esperaré, no importa cuándo, te esperaré, amor mío! —gritó Gesa cuando ya el tren se había puesto en marcha.

—¡Adiós, querida...! ¡No sufras mucho con la soledad! —le dijo él, desde la ventanilla.

—Ya nunca más volveré a estar sola —afirmó Gesa agitando su mano, mientras el tren se perdía envuelto en los vapores del humo de la máquina.

PIN

NUMEROS PUBLICADOS

- | | | |
|--|--|---|
| <p>1. El signo del Zorro, por Tyro-ne Power.</p> <p>2. El libro de la selva, por Sabú</p> <p>3. ¡Qué verde era mi valle! por Walter Pidgeon.</p> <p>4. El hijo de Montecristo, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.</p> <p>5. El capitán Cautela, por Víctor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.</p> <p>6. Estudiantes en Oxford, por Stan Laurel y Oliver Hardy.</p> <p>7. Cumbres borrascosas, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.</p> <p>8. La jungla en armas, por Gary Cooper y David Niven.</p> <p>9. El ladrón de Bagdad, por Sabú</p> <p>10. Marineros a la fuerza, por Stan Laurel y Oliver Hardy.</p> | <p>11. Esmeralda, la zingara, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.</p> <p>12. Tarzán y la Diosa, por Herman Brix.</p> <p>13. La quimera del oro, por Charlot.</p> <p>14. Hace un millón de años, por V. Mature, Carole Landis Lon Chaney, Jr.</p> <p>15. El alegre bandolero, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Carrillo.</p> <p>16. Texas, por William Holden, Claire Trevor.</p> <p>17. El hijo de la furia, por Tyro-ne Power, Gene Tierney, etc.</p> <p>18. La tía de Carlos, por Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, etc.</p> | <p>19. Sendas siniestras, por Randolph Scott, Kay Francis, Brian Donlevy, etc.</p> <p>20. ¡Qué par de locos!, por Stan Laurel y Oliver Hardy.</p> <p>21. Guadalcanal, por Preston Foster y Lloyd Nolan.</p> <p>22. Jack, el destripador, por Merle Oberon, George Sanders y Laird Cregar.</p> |
|--|--|---|

Precio 1 pta.

Ciudad de conquista, por James Cagney y Ann Sheridan

El cielo y tu, por Bette Davis y Charles Boyer

Mi reputación, por Bárbara Stanwyck, George Brent, etc.

Precio 1'50 ptas.

En preparación: Arsénico por compasión

Tres grandes éxitos Warner Bros en **EDICIONES ESPECIALES**

Casablanca · Oro, amor y sangre · En breve: El último refugio

Precio: 3 ptas.





Cubierta I G. J. SOLER
Providencia, 40 - Barcelona